

Diversos métodos en la *Historia* de Heródoto

Fernando Pascual, L.C.

Profesor ordinario de filosofía en el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum.

La historia es una disciplina compleja por el objeto hacia el que se dirige: el pasado. Un pasado no siempre accesible, sobre todo cuando nos separa del mismo mucho tiempo o cuando carecemos de informaciones que podamos considerar verdaderas y bien fundamentadas.

Por ello, resulta estimulante constatar cómo uno de los primeros historiadores griegos, Heródoto de Halicarnaso (que vivió aproximadamente entre los años 484 y 425 a.C.), afrontaba su exposición de la historia y las costumbres de diversos pueblos desde metodologías diferentes y con observaciones de interés sobre la validez, o la falta de validez, de las muchas informaciones a las que tuvo acceso y que ofrece en su obra principal, *Historia*.

Estas líneas no buscan analizar la corrección, o falta de corrección, de los hechos narrados por Heródoto a lo largo de su escrito, ni tampoco la validez o la incorrección de los métodos usados para recabarlos. Buscan, simplemente, ofrecer un cuadro analítico sobre las diversas maneras de recopilar y de evaluar informaciones del pasado por parte de nuestro Autor, en las que se integran reflexiones personales ante algunos puntos sobre los que él mismo consideraba necesario ofrecer clarificaciones.

Antes de iniciar, conviene tener presente que todo historiador investiga desde intereses concretos, sean personales (del mismo historiador), sean comunitarios (de los potenciales lectores de la obra). Esos intereses son selectivos, pues se centran en algunos aspectos a investigar y dejan de lado otros. En la obra de Heródoto, por mencionar uno entre los muchos ejemplos que podrían aducirse, se nota un claro interés sobre ciertas tradiciones de los pueblos, sobre leyendas, sobre batallas, incluso sobre animales concretos (como el cocodrilo o el camello); en cambio, el interés es menor, o nulo, en otros temas (por ejemplo, otros animales que permanecen en la oscuridad). La actitud selectiva es inevitable, porque nadie puede contarlo todo, y porque el historiador, como cualquier persona, se orienta, entre la enorme cantidad de narraciones y realidades que lo rodean, hacia aquellas en las que encuentra mayor interés.

Ofrecemos ahora un intento de clasificación de métodos, argumentaciones y propuestas de nuestro Autor en las varias modalidades que encontramos en su *Historia*, con ejemplos concretos de las mismas¹. Al final ofreceremos algunas reflexiones conclusivas.

I. Métodos para recoger y elaborar datos para la historia

1. Recopilar datos que provienen de diversos informantes (no obtenidos por observación directa)². Se trata de la manera más común de elaborar cualquier narración sobre lo que habría ocurrido en el pasado, y suele ser casi siempre la más extensa. En la obra de Heródoto un gran número de datos recibidos aparecen sin indicaciones sobre las fuentes usadas, pues el Autor se limita a usar expresiones comunes que dan a entender que está simplemente repitiendo lo que había leído u oído sobre los hechos narrados, sin bajar a más detalles.

La mayor parte de informaciones sobre el pasado o sobre costumbres y lugares que leemos en la *Historia* son de este tipo. En algunos momentos se hace explícita esta metodología recurriendo a fórmulas como la siguiente: «*se cuenta* que Ciro preguntó...» (I,153, la cursiva es mía). En otros momentos se usa la primera persona: Heródoto recalca que escuchó de viva voz el detalle que expone, como hace al hablar de la misteriosa ceguera de Epicelo en Maratón (VI,117). Algo parecido ocurre cuando refiere que él mismo escuchó narraciones de personas concretas, por ejemplo las expresadas por sacerdotes de Vulcano en Egipto (II,3-4, y algo parecido ocurre en II,99-101), por algunos cireneos encontrados en sus viajes por la zona (II,32), o por los pelasgos (II,52).

Al indagar sobre el origen de una fiesta de los egipcios, simplemente reproduce lo que afirman los nativos del lugar (II,63). Incluso se cita el nombre de informantes concretos. Así, escuchó noticias de Tersandro, en el contexto de la fase final de la guerra con los persas (IX,16); de Arquias, nieto de Arquias (III,55); y de Timnes, un representante comercial (IV,76).

En ocasiones, Heródoto recuerda cómo sobre algunos temas formulaba preguntas concretas a posibles informantes, para así aumentar sus conocimientos sobre otros puntos de vista. En el controvertido tema de Helena, por ejemplo, no dudó en preguntar a los sacerdotes egipcios su versión de los hechos (II,113) y su parecer

¹ Los textos en castellano proceden de los volúmenes publicados en la Biblioteca Clásica Gredos (tomos 3, 21, 39, 82 y 130). Cf. HERÓDOTO, *Historia*, traducción y notas de Carlos Schrader, Gredos, Madrid 1977-1985 (con diversas reediciones).

² Los datos que Heródoto presenta como vistos directamente por él serán analizados en el punto 4 de este trabajo.

sobre otras versiones en circulación (II,118). Algo similar ocurre respecto de unas importantes obras de los egipcios, sobre las que Heródoto hizo algunas preguntas oportunas que encontraron respuestas satisfactorias (II,150).

En otras ocasiones alude genéricamente a quienes podrían corroborar lo que afirma, sin indicar personas concretas. Por ejemplo, al hablar sobre ciertos misterios, añade: «Y cualquiera que esté iniciado en los misterios de los Cabiros (que celebran los samotracios por haberlos heredado de los pelasgos), ese iniciado sabe lo que estoy diciendo» (II,51).

Podríamos incluir en esta modalidad historiográfica la recopilación de diálogos, discusiones y discursos, algunos bastante largos, en numerosos pasajes de la obra. Normalmente Heródoto no indica cómo accedió a los mismos. Se limita a reproducirlos desde fuentes que habría consultado, algunas de ellas recordadas de modo genérico.

2. Evidenciar la existencia de narraciones diferentes sobre un mismo acontecimiento o al describir tradiciones y lugares geográficos. En esta segunda modalidad, el historiador afronta un problema que no siempre encuentra solución: constatar que algunas fuentes ofrecen datos diferentes de otras fuentes.

Ya desde el inicio del libro I, Heródoto recoge historias diferentes sobre el inicio de las hostilidades entre griegos y persas. La primera alude a la narración de los persas sobre el rapto de Io, luego se ofrece la versión que daban los griegos, y sigue la que daban los fenicios (I,1-5)³.

Al hablar sobre el origen de los dioses griegos, refiere las diferentes versiones, según su procedencia: la de los egipcios, la de los sacerdotes tebanos o la de las profetisas de Dodona (II,53-55). Sobre este punto es interesante el detalle humano de mencionar a algunas de esas profetisas que habrían hablado directamente con Heródoto: «Esto es lo que me contaron las sacerdotisas de Dodona (la mayor de las cuales se llamaba Promenia, la siguiente Timárete y la más joven Nicandra)» (II,55).

Cuando presenta la manera con la cual los egipcios consideran al cocodrilo, señala cómo para algunos sería un animal sagrado, mientras que para otros era visto como un animal peligroso y hostil (II,69).

Al hablar de la muerte de una de las esposas de Cambises (que también era hermana del rey), recoge (y reconoce) dos versiones

³ Veremos un poco más adelante cómo se presentan diversas teorías sobre las crecidas del Nilo, un tema al que Heródoto prestó especial atención.

diferentes sobre los hechos, una de los griegos y otra de los egipcios, sin pronunciarse sobre cuál sería la más correcta (III,32). Algo parecido ocurre al referir la historia de Oretes y Polícrates, ante la cual habría una narración mayoritaria y otra sostenida minoritariamente (III,120-125).

Cuando indaga sobre el origen de los escitas, Heródoto recoge diversas versiones: la de los mismos escitas (IV,5-7), la de los griegos (IV,8-10), y una tercera versión, que es la que más le convence (IV,11). Igualmente, al explicar las enemistades entre Egina y Atenas, se muestran las diferencias y convergencias entre las versiones de unos y otros sobre algunos hechos concretos (V,85-87).

Heródoto presenta tres narraciones diferentes sobre el origen de los lacedemonios: la que ellos defienden, la referida por los demás griegos, y la propuesta por los persas (V,52-54). Cuando alude a la decisión de Argos frente a la inminente invasión de Jerjes, primero expone lo que los mismos argivos afirmaban sobre el tema, para luego recoger dos versiones diferentes difundidas en Grecia (VII,148-151).

En lo relativo al papel de los corintios en la batalla de Salamina, se presentan dos versiones: la de Atenas, no favorable (pues las naves corintias, inicialmente, habrían huido, según esta versión), y la de Corinto y los demás griegos, en la que se sostiene que los corintios estaban en los primeros lugares de la batalla (VIII,94).

También se recogen versiones diferentes sobre algún personaje concreto. En el libro IX se habla de acciones de guerra del ateniense Sófanes, con dos versiones sobre su peculiar manera de combatir (IX,73-74).

En algunos momentos, Heródoto reconoce que está ofreciendo fuentes diferentes (no necesariamente contrapuestas) y que desea añadir luego sus observaciones personales (como vamos a ver con más detalle en el siguiente punto). Fijémonos en un pasaje bastante claro: «En fin, lo que llevo dicho lo cuentan exclusivamente los egipcios, pero ahora pasaré a decir lo que otros pueblos y, de acuerdo con ellos, los egipcios cuentan que sucedió en ese país; y a ello agregaré también algún detalle que he constatado personalmente» (II,147).

3. Expresar el propio punto de vista ante la diversidad de narraciones. Esto significa un ulterior esfuerzo interpretativo por parte de Heródoto respecto de lo indicado en el punto anterior, pues no siempre se limitaba a recoger narraciones distintas, sino que en no pocas ocasiones desvela su parecer personal.

Por ejemplo, ante la discrepancia narrada al inicio del libro I, Heródoto declara que no va a decidir si los hechos fueron de una manera o de otra (I,5). En otras ocasiones, como veremos un poco más adelante, muestra su preferencia por alguna de las informaciones mientras critica otras. Mencionamos ya su opción a favor de una tercera historia sobre el origen de los escitas, diferente de otras ya presentadas (IV,11). Incluso reconoce, tras haber escuchado narraciones diferentes sobre un hecho, que habría descubierto una teoría alternativa a partir de la comparación de otras versiones (IV,15).

Al hablar de la locura y muerte del espartano Cleónenes, señala la diferencia entre lo que pensaban los argivos (sería un castigo por sus delitos), y los espartanos (no lo sería), mientras que para Heródoto sí habría sido un castigo del cielo (V,84).

Respecto a lo que decidieron los de Argos ante la invasión persa (tema sobre el que Heródoto ofrece varias versiones, como vimos anteriormente), encontramos un texto personal con reflexiones importantes:

Sea como fuere, no puedo afirmar categóricamente si Jerjes despachó un heraldo a Argos con el mensaje que he citado, ni si subieron hasta Susa embajadores argivos para sondear a Artojerjes [Artajerjes] sobre un tratado de amistad, pero, desde luego, no opino al respecto de manera diferente a como lo hacen los propios argivos. [...] *Y, si yo me veo en el deber de referir lo que se cuenta, no me siento obligado a creérmelo todo a rajatabla (y que esta afirmación se aplique a la totalidad de mi obra)*, pues hasta llega a afirmarse que, en realidad, fueron los argivos quienes, para que les prestase ayuda, apelaron al Persa, a fin de que atacara Grecia, ya que su enfrentamiento con los lacedemonios había tenido un desastroso desenlace y, con tal de superar la difícil situación en que se hallaban, preferían arrostrar cualquier contingencia (VII,152, la cursiva es mía).

Encontramos, en las líneas apenas transcritas, una especie de confesión de Heródoto sobre su metodología: el hecho de recoger lo que se dice acerca de algunos temas no implica que acepte (crea) o rechace lo que reporta. En otras palabras, el historiador puede distanciarse de lo que recibe y mantener así una postura que podríamos describir con la palabra "neutralidad", en el sentido de no pronunciarse ni a favor ni en contra de los datos recibidos.

Un poco más adelante, al hablar sobre las informaciones que Jerjes habría recibido para acometer a los defensores de las Termópilas, sobre todo por parte del traidor Epialtes, ofrece dos versiones, aunque de modo decidido rechaza la segunda y da los motivos para ello (VII,213-214). Algo parecido ocurre ante las dos versiones de los últimos momentos de la batalla de las Termópilas

y de la muerte de los espartanos con Leónidas: Heródoto se adhiere a la segunda versión (VII,219-221).

Al relatar un detalle de la huida de Jerjes, también ofrece dos versiones, y muestra su rechazo respecto de la segunda, y los motivos de tal rechazo, aunque al final resume, de modo lacónico, que lo único seguro es que Jerjes consiguió llegar a Asia por tierra (VIII,117-120).

4. Investigar y recoger datos como «testigo ocular» (en primera persona), para luego referirlos. Este tipo de informaciones se construye sobre lo que hoy llamaríamos experiencia directa, y suele ser vista como algo suficientemente fundado, es decir, verdadero, por basarse en el testimonio de quien habla.

Por ejemplo, en I,131 afirma: «Por cierto que he averiguado que los persas observan las siguientes costumbres [...]». Un poco más adelante, añade: «Esto es lo que, merced a mis conocimientos, puedo decir a ciencia cierta sobre los persas» (I,140). En el libro II reconoce haber obtenido directamente ciertos datos por el hecho de haber navegado en el Nilo y visitado algunas tierras de Egipto (por ejemplo, cf. II,29.34.44).

Tras una larga exposición sobre usos y costumbres de los egipcios, en un momento concreto donde “cambia” de perspectiva, explica cómo lo dicho hasta entonces lo habría visto personalmente, y cómo lo que sigue es algo solamente escuchado de otros: «Todo cuanto he dicho hasta este punto es producto de mis observaciones, consideraciones y averiguaciones personales; pero, a partir de ahora, voy a atenerme a testimonios egipcios tal como los he oído, si bien a ellos añadiré también algunas observaciones mías» (II,99).

Hay otro texto que también distingue entre experiencia directa e informaciones de otros:

Pues bien, nosotros personalmente pudimos ver y recorrer las estancias del primer piso y de ellas hablamos por nuestras propias observaciones; de las subterráneas, en cambio, tuvimos que informarnos verbalmente, pues los egipcios encargados de ellas no quisieron enseñarnoslas bajo ningún concepto, aduciendo que allí se encontraban las tumbas de los reyes que ordenaron el inicio de las obras de este laberinto y las de los cocodrilos sagrados. Por lo tanto, de las estancias de abajo hablamos por los datos que obtuvimos de oídas; en cambio, tuvimos ocasión de contemplar personalmente las de arriba, que exceden toda obra humana (II,148).

Algo parecido ocurre cuando algunos egipcios le mostraron las diferencias entre los cráneos de los persas y de los egipcios: Heródoto fue llevado al lugar donde se había producido una bata-

lla entre los dos pueblos y pudo ver directamente estas diferencias (III,12).

Al hablar de las minas poseídas por los tasio y de su productividad, el historiador añade: «Yo he visto con mis propios ojos dichas minas y, entre ellas, eran particularmente curiosísimas las que descubrieron los fenicios que acompañaron a Taso en la colonización de esa isla» (V,47).

5. Exponer opiniones y teorías personales (del mismo historiador) sobre puntos no suficientemente conocidos, a veces desde la conciencia de no tener claridad sobre lo que expone (incluso reconociendo las propias dudas). Así, Heródoto afirma que, según su parecer, los griegos desde el inicio habrían usado siempre el mismo idioma (I,58). Al hablar de la confederación entre las ciudades jonias, indica su opinión sobre el origen de su forma asociativa (I,145). También leemos que «los caunios son, en mi opinión, autóctonos» (I,172).

Más adelante, cuando habla de los tipos de enterramientos entre los persas, declara que se encuentra ante un tema más oscuro, como quien experimenta cierta inseguridad al exponerlo (I,140).

En este ámbito, encontramos hipótesis que Heródoto ofrece para resolver puntos que considera no explicados de modo adecuado en las informaciones a las que tuvo acceso. Así, al hablar sobre las crecidas del Nilo, tras criticar tres teorías que considera erróneas, afirma que se trataría de un fenómeno producido por los movimientos del sol y los efectos que provoca en los vientos (II,24-25).

La introducción al texto apenas citado subraya expresamente que se trata de una opinión personal: «Ahora bien, si después de haber criticado las interpretaciones que han sido propuestas, debo exponer una opinión personal sobre estas oscuras cuestiones, voy a decir cuál es, a mi juicio, la causa de que el Nilo crezca en verano» (II,24). Ello se subraya nuevamente al final del texto: «En consecuencia, considero que el sol es la causa de estos fenómenos» (II,25).

En otros momentos, Heródoto recoge juntas opiniones ajenas y las suyas propias, si bien busca dejar en claro qué sea de otros y qué pertenece a su tesis personal. Así, al hablar sobre el origen de los dioses griegos, afirma: «La primera parte de lo que precede lo cuentan las sacerdotisas de Dodona, pero el resto, lo que se refiere a Hesíodo y Homero, lo sostengo yo» (II,53).

También al hablar de las diversas teorías sobre un tema mitológico, en cierto momento introduce su propia tesis: «En cambio, yo tengo, sobre el particular, la siguiente opinión [...]» (II,56).

En ocasiones afirma haber llegado a una conclusión que luego descubre como apoyada por las opiniones de otros. Aquí reproducimos un texto más largo donde se muestra esta metodología:

Porque es evidente que los colcos son de origen egipcio; y esto que digo lo pensé por mi cuenta antes de habérselo oído a otros. Cuando me sentí atraído por esta cuestión, interrogué a miembros de ambos pueblos y los colcos tenían un mayor recuerdo de los egipcios que los egipcios de los colcos. Algunos egipcios me dijeron que, en su opinión, los colcos descendían de los soldados del ejército de Sesostris, pero yo, personalmente, ya lo había sospechado basándome en los siguientes indicios: primero, porque tienen la piel oscura y el pelo crespo (si bien esto realmente a nada conduce, pues también otros pueblos tienen estas características), y además, y muy especialmente, porque colcos, egipcios y etíopes son los únicos pueblos del mundo que practican la circuncisión desde sus orígenes (II,104).

En la amplia sección del libro IV sobre los escitas, Heródoto expresa su opinión sobre el motivo por el cual habría en una región bueyes sin cuernos: por el frío del lugar (IV,29). Igualmente, considera que la narración (o leyenda) según la cual las plumas llenarían en cielo en algunos momentos del año se puede explicar con el fenómeno de una intensa nevada (IV,31).

No faltan momentos en los que los mismos "informantes" que hablan a Heródoto reconocen sus dudas sobre algún punto particular, para distinguir entre aquello que consideraban como seguro y aquello sobre lo que no tenían suficientes datos (II,119).

6. Mostrar el desacuerdo del historiador ante lo afirmado por alguna fuente. En cierto sentido, este punto continúa el anterior, pero con una clara orientación crítica. Leemos en un texto lo siguiente: «Esos mismos sacerdotes sostienen -aunque para mí sus palabras no son dignas de crédito- que el dios en persona visita el templo y que descansa en la cama» (I,182). En este caso Heródoto no presenta los motivos de su recelo, mientras que en otras ocasiones sí lo hace. Por ejemplo, cuando discute tres teorías elaboradas por los griegos para explicar los fenómenos que ocurren en el Nilo (ya aludimos a este punto un poco más arriba), lo hace con argumentos dialécticos, rechazando esas teorías (II,20-22), aunque, curiosamente, la tercera (que hipotiza que las crecidas del río se debería a nieve derretida) resulta ser la más cercana a la verdad, a pesar del desacuerdo de Heródoto...

Más adelante, en el mismo libro II, el Autor expone algunas historias referidas por los griegos sobre los egipcios que considera fal-

sas, y ello se explicaría por el hecho de desconocer cómo son los egipcios y cuáles sean sus leyes y costumbres (II,45).

Respecto del ave fénix (que habría visto solo en pintura, recalca Heródoto), recoge diversas narraciones prodigiosas, y señala en seguida que las considera inverosímiles (II,73). Incluso ante algunos relatos simplemente los expone como si se tratase de fábulas (III,3).

Hay ocasiones que el desacuerdo se basa en la experiencia directa del mismo historiador. Así, por ejemplo, cuando los egipcios hablan a Heródoto sobre una isla flotante llamada Quemis, añade en su relato: «Yo, por mi parte, no vi que flotase ni que se moviera y al oír esa afirmación me pregunto si en realidad una isla puede flotar» (II,156).

Algo parecido ocurre respecto a otros temas. Por ejemplo, al hablar sobre un río conocido como Erídano, acerca del cual Heródoto estaría convencido de su inexistencia (III,115). O al aludir a la condición de magos extraordinarios que atribuyen griegos y escitas al pueblo de los neuros, y que no le convencen en absoluto: «Estas afirmaciones a mí, sin embargo, no me convencen, a pesar de que insisten en ellas e incluso las refrendan con juramentos» (IV,105).

7. Adherirse a ciertas informaciones, sea porque las declara verdaderas, sea porque estarían bien expresadas y otros las aceptarían razonablemente. Así, sobre el testimonio que escuchó de los sacerdotes en Egipto, añade: «Y lo que decían sobre su país me pareció acertado. En efecto, para un hombre dotado de capacidad crítica es realmente evidente, aun sin haber sido informado con anterioridad, solo con verlo, que la zona de Egipto a la que los griegos llegan con sus naves es, para los egipcios, una tierra ganada al mar y un don del río» (II,5, y una confirmación en II,12). Algo parecido afirma más adelante, al hablar sobre la historia de Helena, sobre todo respecto de su estancia en Egipto: «Eso es lo que decían los sacerdotes egipcios y yo, por mi parte, doy crédito a la versión que me contaron sobre Helena» (II,120)⁴. En otros momentos, el Autor subraya cómo alguna información recibida habría sido comprobada personalmente por él mismo (II,147).

8. Señalar la inexistencia de teorías y propuestas fundamentadas sobre puntos particulares, lo cual daría a entender la oscuridad de un asunto y la imposibilidad de obtener claridad sobre el mismo. Leemos, por ejemplo, este pasaje sobre el Nilo: «En cuanto a las fuentes del Nilo, por otra parte, ninguno de los egipcios, libios o griegos que entraron en conversaciones conmigo pretendió estar

⁴ En ese número se exponen los motivos de Heródoto para aceptar la versión egipcia, si bien al final insiste en que se trataría de su opinión.

informado, a excepción del escriba del tesoro sagrado de Atenea en la ciudad de Sais en Egipto, si bien a mí me dio la impresión de que ese individuo bromeaba al afirmar que su información era exacta» (II,28). Este pasaje muestra dos cosas: la ausencia de opiniones sostenidas por grupos importantes de población, y el encuentro directo con una persona particular que ofrecía información considerada poco atendible por Heródoto.

Cuando se pregunta sobre el número de los escitas, confiesa con franqueza: «Por cierto que no me ha sido posible obtener informaciones precisas sobre el número de la población escita; al contrario, sobre su cifra he oído versiones contradictorias: tanto que los escitas son muy numerosos, como que hay pocos escitas de pura raza» (IV,81).

En el libro VIII, al hablar del asedio persa contra Potidea, Heródoto declara su desconocimiento sobre la manera concreta con la que se planeó tomarla por traición (aunque luego la traición fue descubierta y fracasó) porque no tenía informaciones sobre el tema (VIII,128). Algo parecido afirma sobre una consulta hecha a los oráculos, cuyo contenido le resultaba desconocido (VIII,133).

En el libro IX declara que no puede precisar por qué motivo los persas hicieron un conato de ataque de caballería contra un destacamento de focenses (IX,18). También confiesa que no sabe quién habría hecho desaparecer el cadáver del famoso comandante persa Mardonio, aunque se habían divulgado muchos nombres de quienes posiblemente lo habrían sepultado (IX,84).

9. Citar fuentes documentarias como inscripciones o monumentos que avalan informaciones sobre temas concretos. Así, al hablar de las columnas o estelas que había construido el rey Sesostris en diferentes lugares, algunas de las cuales habían desaparecido, Heródoto añade que «pude constatar personalmente su existencia en Siria Palestina, y en ellas aparecían tanto las inscripciones que he mencionado como los atributos sexuales de una mujer» (II,106). En el mismo libro II, el historiador recuerda cómo un intérprete le refirió ciertas informaciones contenidas en un jeroglífico y lo que recuerda (de modo no muy preciso) sobre ellas (II,125).

Si pasamos al libro V, encontramos esta afirmación de Heródoto: «Precisamente, en el santuario de Apolo Ismenio, en Tebas de Beocia, he visto con mis propios ojos, grabados sobre tres trípodas, caracteres cadmeos, la mayoría de los cuales son similares a los caracteres jónicos» (V,59), y luego reproduce el texto de las inscripciones allí leídas (V,59-61).

10. Formular hipótesis sobre el silencio de literatos o historiadores ante informaciones que habrían podido mencionar y no lo hicieron. Un caso concreto se refiere al relato sobre la llegada de Helena en la corte de Proteo, lo cual no fue narrado por Homero. Así explicaba Heródoto este silencio: «Así fue –decían los sacerdotes– como Helena llegó a la corte de Proteo. Y me parece que Homero también llegó a conocer esta versión; sin embargo, como no era tan apropiada para la epopeya como aquella otra que utilizó, la desechó, aunque dejó entrever que también conocía esa historia» (II,116)⁵.

11. Abrirse al hecho de que los lectores pueden aceptar o no aceptar algunos relatos ofrecidos por el historiador, sobre todo cuando describen eventos maravillosos. Al mismo tiempo, Heródoto recuerda que se limita a exponer lo que dicen unos u otros, dejando al lector que emita su juicio personal. Un texto resulta paradigmático respecto a esta idea: «En fin, que admita estos relatos de los egipcios quien considere verosímiles semejantes cosas, que yo, a lo largo de toda mi narración, tengo el propósito de poner por escrito, como lo oí, lo que dicen unos y otros» (II,123). El pasaje, por un lado, parece desmarcarse de los “hechos”; por otro, recuerda la actitud del historiador en estos momentos de su *Historia*: limitarse a referir lo escuchado. Un poco más adelante vuelve sobre esta idea: ha expresado diversas teorías, y toca a cada uno aceptar la que considere más aceptable (II,146), al mismo tiempo que deja en claro que él mismo (Heródoto) ya habría ofrecido su punto de vista anteriormente. Algo parecido ocurre respecto de las dos versiones (mayoritaria y minoritaria) sobre Orestes y la muerte de Polícrates (sobre la que se habló anteriormente): «Estos son, en suma, los dos móviles que se cuentan a propósito de la muerte de Polícrates; y de ambas versiones cada cual puede creer la que quiera» (III,122).

12. Omitir, avisando de ello a los lectores, informaciones sobre datos considerados suficientemente conocidos por estar ampliamente difundidos. En ocasiones, añade a esos datos ya conocidos algún detalle novedoso. Así, por ejemplo, al hablar sobre el camello, indica que no va a describirlo, si bien luego se explaya sobre algunos aspectos menos conocidos (III,103). En alguna ocasión, el motivo para omitir detalles radica en cierto miedo; por ejemplo, cuando habla de cómo fue asesinado Polícrates, Heródoto opta por

⁵ Heródoto explica, en ese pasaje, por qué cree que Homero habría llegado a conocer esta historia. Recoge luego otro relato ofrecido sobre el viaje de Helena con Alejandro que se encuentra en los así llamados *Cantos ciprios* y que seguramente, siempre según Heródoto, no pueden ser atribuidos a Homero (II,116-117).

no detenerse en los hechos ante el horror que le causaría describirlos (III,125).

13. Formular juicios de tipo ético sobre comportamientos. En este punto, no se manifiesta la propia preferencia por una entre varias narraciones diferentes, sino que se ofrece una valoración personal ante hechos o personas. Ello se hace especialmente manifiesto en el libro VII, cuando, en un momento concreto, y desde reflexiones del tipo «lo que habría pasado si...», Heródoto declara su juicio claramente positivo sobre el apoyo ateniense a la causa de la libertad en la lucha contra Jerjes. El texto es el siguiente:

En este punto me veo necesariamente obligado a manifestar una opinión que será mal acogida por la mayoría de la gente; pero, pese a ello, como, de hecho, me parece que es verdadera, no voy a soslayarla. Si los atenienses, aterrorizados ante el peligro que se les venía encima, hubiesen evacuado su patria, o bien si, pese a no evacuarla, se hubieran quedado en ella, pero rindiéndose a Jerjes, ningún Estado hubiese intentado oponer resistencia al rey por mar (VII,139).

El texto continúa con un desarrollo de la hipótesis de lo que habría pasado, dando a entender de que Grecia habría sucumbido si no hubiera contado con la resistencia de Atenas. Al final, Heródoto expresa de modo más claro su tesis:

Lo cierto, en suma, es que, si se afirmase que los atenienses fueron los salvadores de Grecia, no se faltaría a la verdad, pues, de las dos alternativas existentes, la balanza debía inclinarse por la que ellos hubiesen adoptado. Y, al decidirse por la libertad de Grecia, fueron ellos, personalmente, quienes despertaron el patriotismo de todos los demás pueblos griegos que no habían abrazado la causa de los medos (VII,139).

Este pasaje es un sugestivo ejemplo de dos tipos de comentarios que ofrecen también hoy muchos historiadores. El primero: hacer una valoración personal del papel clave desempeñado por personas o pueblos en ciertos momentos de la historia. El segundo: ofrecer una hipótesis de lo que hubiera ocurrido de haberse tomado decisiones diferentes a las que de hecho se adoptaron.

En el libro IX encontramos dos valoraciones cercanas entre sí. La primera, la tesis según la cual las tropas de los persas y sus aliados tenían como fulcro unificador los contingentes persas y, si estos fallaban, se debilitaba el conjunto (IX,68). La segunda se refiere al papel decisivo de los lacedemonios en Platea: Heródoto, que suele exaltar a los atenienses por sus valores, no duda en reconocer los méritos de los espartanos en esa batalla (IX,71).

II. Reflexiones conclusivas⁶

El elenco que acabamos de presentar evidencia cómo Heródoto elaboró su *Historia* a través de un rico y variado abanico de métodos que le permitieron recoger, elaborar y presentar numerosos datos, unos del pasado, otros de su propio tiempo. El elenco podría ser más sintético, pues algunos de los puntos muestran conexiones entre sí, o podrían haber sido agrupados de otras maneras; incluso se podrían identificar otros métodos no recogidos aquí. Lo que resulta evidente es que el famoso historiador griego supo armonizar diferentes formas de investigación con originalidad y espíritu inquisitivo.

Los métodos aquí resumidos muestran diversas actitudes que orientaron el trabajo de Heródoto y que podemos encontrar también en investigaciones de los historiadores de nuestros días. La primera actitud consiste en el interés por conocer hechos, estilos de vida, costumbres y personas, sea del pasado, sea del presente (contemporáneos al historiador). La segunda se identifica con la búsqueda y acopio de aquellas informaciones que permitan satisfacer ese interés del historiador. La tercera se refiere al esfuerzo continuo por evaluar y contrastar las fuentes encontradas y seleccionadas, identificar lo que resulta claro y lo que todavía queda por conocer mejor, y proponer hipótesis o reflexiones personales sobre el material recabado y sobre cómo interpretarlo. La cuarta lleva al esfuerzo redaccional, en el que el historiador busca ofrecer a los lectores, según criterios más o menos definidos, los resultados de sus investigaciones.

Heródoto, como todo historiador, se sintió llamado a discernir ante una gran cantidad de documentos del pasado, especialmente cuando se encontraba ante informaciones diferentes, incluso contradictorias. Por ello tuvo que hacer un esfuerzo constante para encontrar criterios adecuados a la hora de aceptar una fuente, rechazar otra, acoger algunos datos y dejar a un lado otros.

Ello vale también para nuestros días. Pensemos, por ejemplo, en diversos documentos y tradiciones orales sobre un rey del mundo medieval. Algunos alaban su valentía, otros señalan su torpeza, otros simplemente lo consideran un hábil manipulador. ¿Cómo discernir entre “informaciones” tan diferentes? El historiador intentará comprender por qué una fuente describe favorablemente a ese rey, y por qué otra fuente lo critica sin atenuantes.

⁶ Recojo, en estas conclusiones, partes de un artículo mío publicado en *El observador de la actualidad* (13 de marzo de 2024) con el título «El discernir del historiador». Cf. <https://elobservadorenlinea.com/2024/03/el-discernir-del-historiador>.

En muchas ocasiones, la tarea de discernir se hace compleja, sobre todo cuando otros historiadores, a lo largo del tiempo, han elaborado narraciones en las que se daba mayor acogida a unas fuentes mientras se omitían otras.

Habrán casos concretos en los que un historiador se limitará a recoger los diferentes documentos para dejar constancia de la diversidad de pareceres sobre un monarca, o sobre esa batalla, o sobre aquella epidemia. Heródoto, como vimos, es un buen ejemplo de este tipo de recopilaciones.

Pero en otras ocasiones el historiador buscará criterios y pistas que permitan, por encima de la diversidad de narraciones, identificar las que sean más verídicas. Respecto de las que considere menos verídicas, puede rechazarlas por completo (como falsas), o vislumbrar en ellas algunos datos aprovechables que presenta luego a los potenciales lectores.

Es posible que un historiador se equivoque en su discernimiento (también Heródoto cometió errores), lo cual resulta casi inevitable si existen varios documentos que repiten el mismo error y no resulta fácil descubrirlo.

Reconocer lo anterior no implica aceptar un relativismo que intente igualar lo verdadero y lo falso, pues ningún historiador serio estaría contento si sus investigaciones lo apartasen de la realidad de los hechos.

Lo que sí implica es la importancia de aprender a distinguir, con un agudo espíritu crítico y adecuados métodos científicos, entre lo que pueda ser erróneo en un documento o una narración sobre el pasado, y lo que, por su mayor veracidad, permita acceder a una mejor comprensión de hechos concretos que son el interés constitutivo de toda investigación auténticamente histórica.

Han pasado muchos siglos desde que Heródoto escribió su famosa *Historia*. A través de ella el historiador moderno puede encontrar, como en un espejo, importantes pistas metodológicas a la hora de afrontar, con los documentos que tiene a su disposición, un mejor conocimiento de hechos y situaciones del pasado. De este modo será posible que la historia se convierta en una auténtica *magistra vitae*, al poner de manifiesto aquellos acontecimientos del pasado que explican la herencia que hemos recibido y desde la que escribimos, cada día, nuevas páginas de la historia humana.